

LOS PASOS PERDIDOS, LOS CAMINOS SOÑADOS



◆ CORAL AGUIRRE

NO TENGO LA MENOR IDEA POR QUÉ EN CUANTO ME PROPUSE REFLEXIONAR SOBRE LA CIUDAD Y LA MUJER COMO HABITANTE DE LA MISMA, LO PRIMERO QUE SURCIÓ EN MÍ FUE LA METÁFORA DE LOS PASOS PERDIDOS. SIN EMBARGO COMO ESCRITORA SÉ QUE LA PRIMERA IMAGEN ES LA LLAVE PARA ABRIR LAS PUERTAS DEL PENSAMIENTO Y LA IMAGINACIÓN. UNO NO PUEDE SER INFIEL A ESA PRIMERA IMAGEN, SÚBITA, PROVOCADORA, SIN EL MENOR ASIDERO LÓGICO O RACIONAL EN ALGUNOS CASOS, ANACRÓNICA EN OTROS, PERO SIEMPRE AFECTIVA, QUE ME AFECTA, QUE ME DICE ANTES DE DECIR, QUE ME REVELA DE LO QUE ESTOY HECHA ANTES DE SABERLO.

Los pasos perdidos para mí ante todo es el título de la novela de Alejo Carpentier. Pero, ¿por qué me salta aquí? Para el personaje de Carpentier, o de lo que recuerdo, es el viaje hacia sus propias raíces, o bien la búsqueda de su propia identidad o mejor, quizás se trate de viajar hacia lo desconocido que sin embargo lo habita. Y también o sobre todo encontrarse con el Otro/Otra, otredad sin la cual no puede/puedo saber quién soy. Entonces

comienzo a imaginar las calles de la ciudad que habito, de la que he habitado, de la que habitaré vaya a saber hasta cuándo, quién sabe, y se me aparece un itinerario de espacios entrevistados, imaginados o ciertos. Porque los pasos perdidos siempre me llevan a los encuentros y desencuentros silenciosos con los otros. Y asimismo a la memoria, mi memoria que legitima los pasos perdidos en tanto espacios de recuerdos, de antes, de pasado inmediato y antiguo,

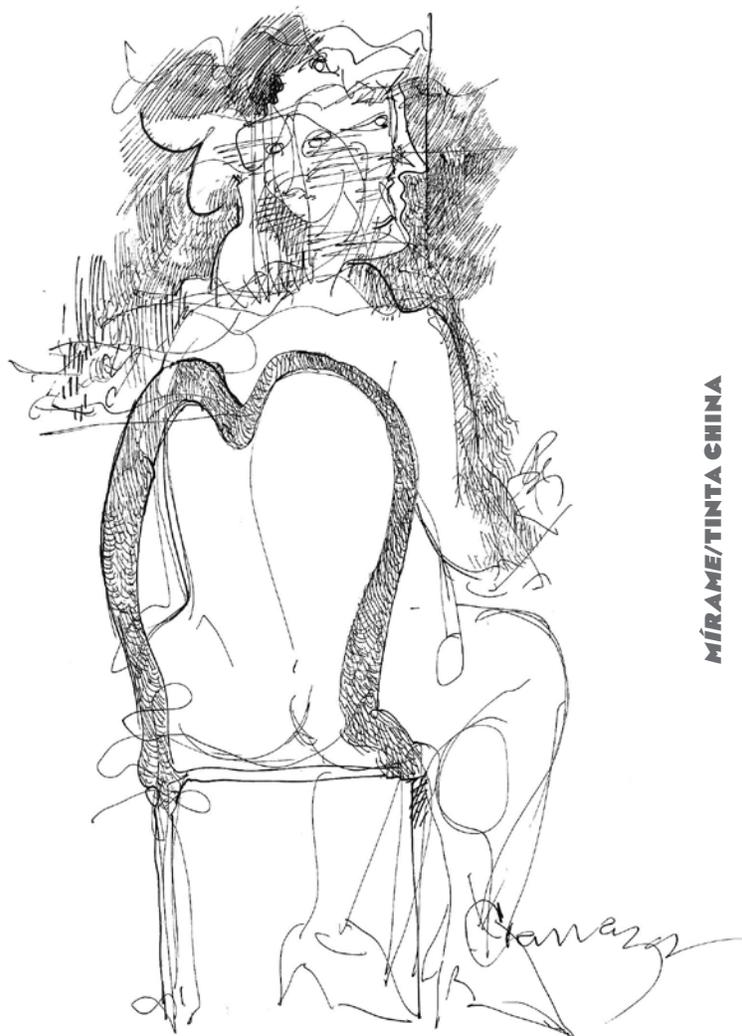
A CAUSA DE LOS PASOS PERDIDOS QUE SE ENTRECROZAN Y SE MEZCLAN HAY UNA IDENTIDAD QUE LA CIUDAD PROVEE, QUE SE COMPLETA EN EL INSTANTE.

de huellas primitivas que despliegan su presencia cuando menos lo esperamos. De modo que los espacios son una vasta red de significaciones para cada uno de nosotros y es en esta red donde el otro se hace presente y me completa. Ya no somos desiguales aun en nuestras diversidades, la ciudad nos convoca a través de resonancias, ecos memoriosos, destellos, donde convergemos sin proponérselo. Porque a causa de los pasos perdidos que se entrecruzan y se mezclan hay una identidad que la ciudad provee, que se completa en el instante. Una identidad sin jerarquías ni privilegios.

Sin embargo, los pasos perdidos tienen su opuesto, tienen otra cara porque pueden ser literalmente los pasos perdidos por la violencia de la ciudad; por el desierto donde lo humano, trastocado, se ha perdido en oscuros callejones; donde la iluminación puede ser aterradora a causa de la vigilancia que presupone, o las sombras tienen la dimensión del crimen.

Por otra parte esta metáfora de los pasos perdidos me permite no abundar en los temas recurrentes de la inequidad básica de todo ser femenino. Del ultraje permanente a todos sus derechos a causa no de una lucha de sexos sino por la condición ineludible de la injusticia social que contamina nuestras existencias. Dentro de lo cual la falta de educación y el soslayo a nuestras responsabilidades éticas es el núcleo de nuestra orfandad. Viene a ser el modo de omitir el lugar común de los asesinatos, la trata de blancas, el robo de órganos, la utilización de los cuerpos como almacenamiento de contrabando, la pornografía infantil, y tanto más que hoy sabemos, humilla y destruye tanto a mujeres como a hombres. Así he concebido abordar este tema de las ciudades hospitalarias, seguras, educadoras, y la equidad de género, desde una mirada femenina y juvenil que por azar se cruzó con mis pasos perdidos en la gran ciudad donde habito.

Antes de ello, se dio mi andar, pasos perdidos, en esta red de pensamientos. En primer lugar porque no soy urbanista ni socióloga ni nada que tenga que ver con el estudio de urbes, metrópolis, ciudades, aglomeraciones urbanas o como se llame, tampoco con programas sociales para atender las carencias de clases desposeídas, marginadas, excluidas y huérfanas. Sí soy una luchadora permanente de la equidad de género y mis investigaciones, artículos, ensayos, obras y otras yerbas, siempre se refieren a ello. Vengo de un país donde la población completa no pasa de 40 millones de habitantes en una extensión bastante superior a la superficie de México. Mi ciudad natal, Bahía Blanca, pudiera decirse que es bella, es hospitalaria, es segura



MÍRAME/TINTA CHINA

y no sé cuán educadora. Respecto de la equidad de género, puedo subrayar que la mujer argentina, la bahiense particularmente, es fuerte y desafiante, es muy difícil doblegar sus derechos. No obstante en los cordones de miseria la ausencia de los mismos prevalece. Por otra parte su población no supera en la actualidad los 350.000 habitantes. Me estoy refiriendo al puro presente puesto que antes habría de vivir en medio de la zozobra del Terrorismo de Estado y luego la del terrorismo económico y la pauperización. Sólo a partir del nuevo siglo, específicamente desde el 2003, las cosas se modificaron y hubo de nacer o renacer una ciudad habitada por menos pesares y muchas más alegrías.

Mi estadía en la Ciudad de México y donde estoy en la actualidad, Monterrey, en cuanto a seguridad, sólo me ha traído pesadillas, sustos y sobresaltos diarios. Aunque por oposición considero que las ciudades de México, del sur e incluso del norte, son más hospitalarias que las de mi propio país a causa de su gente. La hospitalidad es característica principal de la idiosincrasia mexicana.

Por mi incertidumbre básica respecto del tema decidí andar por dos vertientes: la del testimonio por un lado que se conecta de algún modo con lo que más me gusta de las ciudades: los pasos perdidos de lo cual ya he hablado, el vagabundaje, la ausencia de un plan para recorrerlas, y por el otro el único momento en que realmente uno está con los otros y es otro, porque al entrecruzarse, pareciera que nuestras propias sombras se mezclan, se descubren y se metamorfosean.

La huella es lo que nos hace diferentes, mi paso por la ciudad crea la extraña conciencia de mi alteridad. Salir a la calle y andar pasos por encima de otros pasos, seguir trazos que antes fueron seguidos por otros y otros, cruzarme y entrecruzar con una mujer de olor a maíz y otra de olor a perfume, percibir la textura de una piel rugosa y luego la lisura de unas piernas infantiles, pedir permiso para pasar o que me lo pidan, retrasarme frente a una fuente o bajo la sombra de un árbol o un edificio, todo eso anula lo que voy siendo para cambiarme de lugar, conmovirme, moverme a otra pista. No hay, sospecho, experiencia más gregaria que la calle, la ciudad, los pasos perdidos...

En este punto advierto que faltan los espacios soñados, precisamente espacios para estos encuentros,

desencuentros, pasajes, que van de mí al otro que se vuelve semejante. Estos son los espacios de los cuales carecemos.

Dice Michel de Certeau: "Practicar el espacio es pues repetir la experiencia jubilosa y silenciosa de la infancia: es en el lugar, ser otro y pasar al otro".

FOTOGRAFÍAS

Es por la mañana y Madre prepara el picnic, saldremos bien temprano a propósito para caminar mucho. Ella me dice que la distancia es tan grande que estaremos caminando casi hasta el mediodía. Nuestra terminal: el zoológico. Promesa suntuosa para una criatura de cinco años.

Es por la tarde y estamos a punto de recibir a mi abuela que viene de Rosario. Demasiado lejos para mi imaginación sureña, allí en esa pequeña ciudad de nombre Bahía Blanca. Nueva promesa suntuosa, no sólo volver a ver a mi abuela sino tomar café con leche con medialunas en la cafetería de la estación. Antes cruzar por el puente negro colgado sobre las vías para ver pasar los trenes desde tan arriba y después regresar de a poquito de la mano de mis dos madres.

Es por la noche y verano de acacias, el vecindario se reúne en la banqueta; Madre toca en el violín un tango, "El día que me quieras"; Rubén y yo jugamos entre los árboles a las escondidas.

Hasta ahí la ciudad es la que nombra Certeau, la del vagabundeo, la *flânerie*, los pasos perdidos. También es la ciudad del pasado, pero sobre todo para mí. Porque la ciudad y yo llevamos rumbos diversos. En la del pasado como en la de la actualidad yo no voy a tener lugar a partir de mi adolescencia.

¿Cómo se formulan los vínculos que van de la historia pequeña y personal a la historia grande si no a través del espacio de la ciudad que contiene a ambas y también el diálogo o el conflicto que ello presupone?

Cuando a Virginia Woolf le preguntaron: "¿Cuál es la manera según su opinión de evitar la guerra?", la gran escritora inglesa escribió como respuesta un libro antológico, *Tres guineas*. Y su primera proposición fue tajante: la educación es un factor diferencial. Quienes

carecen de educación, quienes no han formado su mente y su cuerpo, no tienen posibilidad alguna ni de cambiarse a sí mismos ni menos cambiar su entorno. Y precisamente creo que la educación es un puente que se abre entre el hogar o el espacio privado al otro, a la plaza pública. De modo que para que haya ciudades cultas tiene que haber primero un proceso de formación humana estética y ética. Y para que haya educación tiene que haber en primer lugar justicia social, y para que haya justicia social debe haber una democracia activa y fervorosa. Lo cual me paraliza porque llegado este punto pienso en América Latina sacudida, violada, y tan frágil como una mujer. Considerada menor de edad desde su descubrimiento, vista su gente como ese Otro que no alcanza la dimensión de sujeto, falta de razón porque no atiende a la razón europea y colonizada al punto que nuestras ciudades son el resultado de un plan allende al mar y su lengua una lengua prestada. En cuanto a sus mismas ciudades proponen una cartografía donde la hegemonía masculina se yergue desde la plaza central rodeada por el palacio de gobierno, la catedral, los edificios de las leyes y el orden, el primer cuadro destinado a los notables de la misma ciudad signados por su apellido y su condición masculina, y poco a poco a medida que nos alejamos de ese centro todopoderoso los barrios cada vez más desposeídos, donde hombres y mujeres se mezclan como en botija, hasta alcanzar los cordones de miseria en los cerros o los llanos. Ciudad siempre trazada y levantada por hombres tal como lo propone Ángel Rama en *La ciudad letrada* y que ejerce en su misma conformación una sintaxis discursiva que, por supuesto, se realiza en la sintaxis del espacio.

En medio de tantos saltos en mi imaginación, me obstino en proseguir. A la vista del turista

muchas ciudades aparecen como hospitalarias, educadoras y seguras, ricas en monumentos y centros culturales, teatros y museos, jardines bien provistos de flores y plazas frondosas. Lugares para lanzarse al vagabundeo, aparentemente. Me recuerdo a mí misma y mi compañero al borde de un lago en Suiza, en una bella ciudad. Nuestra economía no alcanzaba para entrar a un restaurante y andábamos de paso de regreso a Italia donde vivíamos por aquel tiempo. De modo que compramos queso y salami, un buen trozo de pan fresco y nos sentamos a disfrutarlo en una ancha banca al borde del estanque. No hubo disfrute. La gente comenzó a mirarnos de modo raro, algunos murmuraban entre ellos mientras se detenían con disimulo. Parecía que en lugar de estar sentados en un jardín público nos hubiéramos instalado como invasores en su propia sala comedor. Nos levantamos indignados y regresamos al auto. No prevalecía en el juicio tácito

de sus habitantes que yo fuera mujer o no, sino que éramos extranjeros, una marca más. Esa no era una ciudad hospitalaria por bella que fuera, de eso estoy segura. Porque practicar el espacio público debiera haber sido para mí repetir la experiencia suntuosa de mi infancia, como señalé antes a través de la voz de Certeau: *la práctica del espacio es*

ser en el lugar, ser otro y pasar al otro.

Recuerdo a Graziella Pogolotti, vicepresidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en su ensayo "Cuando las puertas se abren con cautela" donde habla de la escritura, y me doy cuenta que convertir la caminata en experiencia conduce a franquear otro paso al vencer la fugaz transitoriedad y a construir, más allá del espacio geográfico, una ilimitada dimensión cultural con indiscutibles alcances sociales.

Corren tiempos en que se supone que la cultura nos va a salvar de la barbarie, por ejemplo aquí en



México, cultura como ventana a la paz, como justicia sin jerarquías entre hombres y mujeres, como espacios públicos inclusivos vueltos escenarios de actividades artísticas, centros culturales en zonas problemáticas económica y socialmente, y sumamente injustas en opresión femenina, espacios que debieran atender la equidad de género en zonas pauperizadas. No he visto el trabajo sistemático de promotores culturales sobre estas cuestiones en ellos, ni el de sus autoridades. No he visto plazas y jardines que no conformen la vidriera de la ciudad central de la que hablaba más arriba. Y aquellas instituciones audaces que deciden levantar una biblioteca, un museo popular, un centro de cultura y recreación en cordones de miseria y proponen reuniones en ellos para la problematización de la cuestión femenina, lo hacen por corto tiempo, llevados por un plan contingente, momentáneo, de buena voluntad, a causa de alguna funcionaria o funcionario que se debate en la red de la indiferencia general. Y si se obstinan terminarán decepcionados porque la gente a la que estaban destinados no se presenta y si lo hace es por necesidad económica sospechando que algo los beneficiará en su orfandad a ellos o a sus niños, o en todo caso los ensucian y deterioran, nunca los cuidan y mejoran. La libertad no se da, dice el personaje de Marlon Brando en *Queimada* de Pontecorvo, se gana. Tan viejo como el mundo. Los gobiernos que levantan esos elefantes blancos sin una planificación humanista, sin un programa de largo aliento donde la comunidad a la que están destinados participe como protagonista, sólo hacen beneficencia. De modo que tampoco por la presencia de espacios culturales tenemos la certeza de estar en una ciudad hospitalaria y educadora. Y menos en una ciudad con equidad de género.

Lo que cambia el itinerario de mis pasos en este tema, que venían siendo tan dudosos, es la respuesta que he obtenido frente a la pregunta: ¿En qué ciudad te gustaría vivir? De las respuestas dadas por jóvenes

"LA CIUDAD EN LA QUE ME GUSTARÍA VIVIR MÁS QUE TENER UNA BUENA INFRAESTRUCTURA O COSAS MATERIALES, NECESITARÍA UN URGENTE CAMBIO EN LA MENTALIDAD Y FORMA DE RELACIONARSE ENTRE LAS PERSONAS QUE LA HABITEN".

y adultas, tomo la de una muchacha de 17 años, por la sorpresa de encontrarme no con necesidades materiales sino con la aspiración a otras cuestiones. Veamos: "La ciudad en la que me gustaría vivir más que tener una buena infraestructura o cosas materiales, necesitaría

un urgente cambio en la mentalidad y forma de relacionarse entre las personas que la habiten".

Es decir que esta chica no aspira a centros, paseos, jardines, regocijos de la mirada, ella va más lejos: su andar por la ciudad presupone de inmediato no las cosas que en ella están sino las personas que en ella habitan. De inmediato apunta: "...necesitaría un urgente cambio en la mentalidad y forma de

relacionarse entre las personas". Y a renglón seguido: "Vivimos en un mundo de materialismo y estereotipos que nos impiden ser nosotros mismos."

De modo que habitar la ciudad soñada no es cambiarla por otra sino cambiar lo que se ejerce en ella, es decir el materialismo y los estereotipos. ¿A qué se referirá con esto del materialismo? ¿Será que observa a la gente más interesada en sí misma y en los otros por lo que tienen y no por lo que son? ¿Será que advierte un trato discriminado según qué ropa se lleve, a cuál carro se suba, lo que tiene que ver con la moda, las marcas, los sellos, la apariencia? O bien está significando que la gente anda sin pasos perdidos, sin el concierto del asombro, ausente de los otros, sólo dispuesta a circular en nombre de lo que le interesa y le es económicamente útil o aquello que la prestigia y le da categoría. Y luego agrega *un mundo repleto de estereotipos*. ¿Cuáles? ¿La mujer que usa escote o lleva minifaldas es puta? ¿La morenita es de clase baja? ¿La güera es bonita? ¿La que se junta con muchachos también es puta? ¿La de los *piercings* o los tatuajes anda de loca? O los estereotipos son el modo de mirar con carácter de inmutable y absoluto: Así son las cosas y punto. Las mujeres son débiles y los hombres fuertes, ellas se ponen histéricas y ellos sencillamente se

enojan o se irritan. ¿O acaso esta muchacha, la del testimonio al que me refiero, se siente juzgada cuando anda por la calle? Lo cual significaría que sus pasos no son el ejercicio de su libertad sino el de su prisión. La calle aparece entonces como espejo o reflejo de sus inconveniencias y la ciudad entera como tribunal. De modo tal que cuando una mujer anda por la calle se la juzga de inmediato, cosa que no parece suceder con los hombres, al menos no del mismo modo. Esto es, ella pasea, ella anda con sus pasos perdidos por calles donde su manera de ir y hasta su manera de vestir y adornarse son puestas en tela de juicio porque los “valores”, entre comillas, inamovibles, la han definido de una vez y para siempre.

Pero hay más: “En mi ciudad soñada las personas dejarían atrás esa necesidad de aparentar y tendrían más empatía para con los demás [sic].”

Empatía, no escribe simpatía sino empatía, palabra que indica: participación objetiva y profunda de un individuo en los sentimientos y conducta de otra persona; identificación intelectual con otro y comprensión íntima de su situación existencial. No quiero decir que ella lo aplica con total conocimiento de causa, lo hace por intuición, lo hace por ese otro conocimiento imposible de advertir racionalmente. Sin embargo, la dimensión del significado de la palabra que ella ha elegido, al revelársenos es curioso. La necesidad de aparentar quedaría sepultada por la aparición de la identificación con el otro, del acercamiento a la otra existencia.

Ella quiere ser hermana, semejante, igual; busca la solidaridad, no el juicio; que los pasos que se crucen con sus propios pasos conlleven una empatía, es decir, la comprensión íntima de su existencia. El otro como parte de sí misma, sí misma como otra u otro. La responsabilidad ética del nosotros/nosotras. Lo cual significa que para ella ante todo hay este principio, lo ético, que puede atañerle como identidad femenina según estudiosas del género como Friedman, quienes aducen que en las mujeres la relacionalidad femenina por oposición al modelo individualista que sigue el sujeto masculino, sería el resultado de la conexión

SI HAY ESTUDIOS DE LAS ARTES Y DE LAS CIENCIAS VA A HABER UNA VALORACIÓN MAYOR DE LO QUE CONTIENE LA CIUDAD QUE PASA POR LOS CUIDADOS ESPECÍFICOS DE LA NATURALEZA Y NUESTRA RELACIÓN CON ELLA.

madre-hija que permanece entre ellas a lo largo de sus vidas. O bien la huella afectiva del otro en la constitución del sujeto antes de toda construcción cultural, antes incluso del lenguaje, a la manera de Lévinas, que hace de cada uno de nosotros una incompletud cuya sobrevivencia humana depende del vínculo con los otros.

Y si esto es así, puesto que no hay punto y aparte, si es cierto que los humanos nos inclinaremos los unos sobre los otros con acuciosidad, en el intento de atravesar lo que va de adentro hacia fuera, o lo que es lo mismo tender un puente de lo privado a lo público, de la casa a la ciudad, de mí al otro, estaríamos más interesados en todo aquello que nos atañe. Por ejemplo, ella agrega a renglón seguido: “Habría más enfoques en el estudio y las artes”.

Y vuelve a advertirnos sin darse cuenta supongo, o tal vez no, lo que declaró al principio, no pide “cosas materiales” sino poner en relieve, iluminar, enfocar, el estudio y las artes. Pero ese enfoque está condicionado a nuestra propia responsabilidad. Vale decir que desea una ciudad donde la atención esté dirigida al estudio de las ciencias y las artes de



modo tal que las escuelas y centros, las instituciones educativas todas, realicen sus objetivos a pleno, a partir de los maestros y responsables de la formación de las/los ciudadanos, ocupándose de dirigir su atención e interés permanente en su rol de educadores, a las materias que salvaguardan nuestra humanidad “además de darle un valor muy importante al cuidado de la naturaleza y la ecología.”

El “además”, según lo entiendo, expresa una suerte de suma. Si hay estudios de las artes y de las ciencias va a haber una valoración mayor de lo que contiene la ciudad que pasa por los cuidados específicos de la naturaleza y nuestra relación con ella.

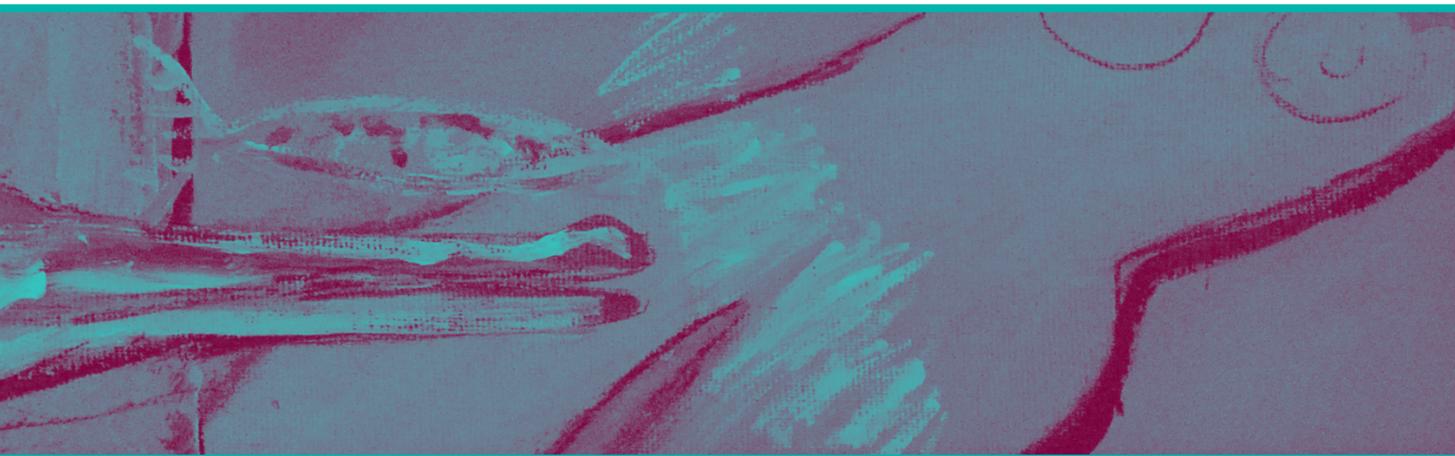
La ciudad “educada” en las ciencias y las artes necesariamente va a dar especial cuidado a las áreas verdes que según nuestra testificante, ya posee, (puesto que nunca dice crear, construir, realizar obras), no sólo respetará estos espacios sino que propenderá a su expansión y a su defensa.

Y concluye: “Habría participación de la gente para con [sic] la política y no existiría la desigualdad de género y raza.”

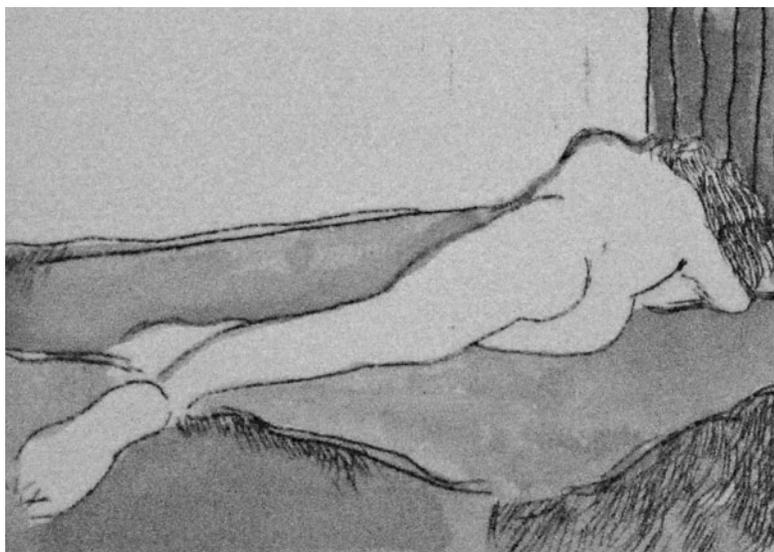
Claro, su conclusión es impecable, la participación política es el pilar en que basamos nuestros derechos, nuestras responsabilidades y nuestras obligaciones inapelables. Nada de lo dicho anteriormente puede ejercerse si no existe la participación de la gente en la política, en las cuestiones que involucran a la ciudad y sus ciudadanas/os, sin la intervención de los mismos en los asuntos públicos del interés de toda la población.

Entonces según esta muchacha, que no sé si sabe a conciencia lo que dice, se desprende con toda naturalidad que si hay encuentro con el otro, es decir afectividad ética, empatía, habrá una educación acorde a la misma, lo cual significa estudios de las ciencias y las artes, del mundo y sus cuestiones y de principios estéticos que irán a robustecer la ética afectiva, y por ende el cuidado de la naturaleza y nuestros vínculos con ella. Y si todo ello es así es porque habría una participación política de la gente que nos llevaría a tres instancias que sólo ellas convierten la ciudad, nuestra propia vida, la vida de los otros, en hospitalaria, segura, educadora: la igualdad de derechos, la equidad de género y el respeto a la multiculturalidad racial.

El testimonio sigue sorprendiéndome. Vuelvo a leerlo, a releerlo y nada que diga allí de la violencia y la muerte cotidiana en la ciudad que habita. Como si en estas pocas líneas ella se hubiera referido a las causas de todos nuestros males, o al menos así quiero creerlo, sin poner pies en los efectos que esa ausencia de la que habla, ha provocado. Un testimonio de una muchacha de 17 años, estudiante de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras. Es todo lo que sé de ella, al no conocer su nombre, ignoro todo lo que le atañe. La encuesta la puse en los pizarrones y me respondieron las que se sentían interesadas, de tal modo que recogí los escritos sin saber de quiénes se trataba. Lo hice con muchos cursos y entre estudiantes y maestras. Todas las respuestas eran auspiciosas y semejantes. La única que me pareció salir del molde y sintetizar la cuestión fue la que he traído aquí. Sin dejar de confesar que fue el encabezamiento de la propuesta lo que me llevó



LOS ESPACIOS SOÑADOS, ENTONCES, ESTÁN ALLÍ AL IGUAL QUE LA MISMA CIUDAD, LO QUE FALTA ES LA RESPONSABILIDAD ÉTICA Y POLÍTICA DE LOS MISMOS QUE DEBEN SER COMPARTIDOS POR TODOS LOS SUJETOS EN SUS DIVERSOS ROLES Y FUNCIONES.



a seleccionarla en el primer momento, puesto que como ya lo he dicho, no pedía cambios en la ciudad sino cambios en sus habitantes con una precisión que todavía me sorprende.

Pudiéramos reflexionar todavía sobre la espesa trama de los mestizajes y las deformaciones de lo urbano, de lo colectivo, y la presencia de la mujer en ella. Al menos en esta América nuestra con el trazo tan particular de nuestra gente que ha sabido conservar sus modos de ser y hacer, con elementos muy reveladores donde la presencia femenina es imprescindible en la cultura de la calle. Si los pasos perdidos hablan de un sujeto que circula en busca de las otras y los otros, es en la fiesta comunitaria, las ceremonias cuya razón se ha perdido pero que permanecen en forma de huellas del pasado, la gentileza en el trato callejero, la comida al aire libre, los puestos ambulantes, y mucho más que en un primer momento pudieran ser motivo de crítica porque “desarreglan” el paisaje urbano, donde las mujeres son la fuente y el fluir al proponer formas de convivencia y de intercambio. Los espacios soñados,

entonces, están allí al igual que la misma ciudad, lo que falta es la responsabilidad ética y política de los mismos que deben ser compartidos por todos los sujetos en sus diversos roles y funciones.

Una concepción de la política como espacio separado, separado de la vida y de la cultura, es nefasto en este contexto. Convertiría nuestras ciudades en sepulcros blanqueados por fuera, en oficio desafectado, en espacios sin sujetos.

Dice Jesús Domingo Barbero en “De los medios a las mediaciones” que lo que anda suelto en el espíritu del pueblo y por lo tanto en la ciudad no es algo que mire hacia el pasado, sino por el

contrario su capacidad de transformar el presente y construir el futuro. En el meollo del testimonio que terminamos de analizar, existe la misma intención. Hay una exigencia de transformación a partir de lo que está, “de lo que anda suelto en la ciudad”. Quiero creer en esa manera de existir como mujeres.

Así los pasos perdidos en espacios soñados resulta la utopía de alguien que se piensa y piensa las otras/los otros, en transformación socialmente solidaria, dentro de una resistencia lúcidamente cotidiana, y que de algún modo es la de la mayoría de nosotras. Resistencia a no ser, a pasar sin huellas, a vincularse sin identidad, sin sombra contra el piso, en la pura desmemoria. Resistencia que se ejerce en la cotidianidad de los días y los pasos, en el gesto solidario, en la protesta pacífica, en la confluencia de opiniones, en la hermandad de género, lucha implícita e informal pero lucha al fin que cambia el perfil de la ciudad. Esta resistencia, insisto, apela a la ciudad como comunidad. Donde la comunidad se define por la unidad del pensamiento y la emoción, por el predominio de los lazos cortos y concretos

y las relaciones de solidaridad, lealtad e identidad colectiva. La “sociedad” que rechaza la muchacha, por el contrario, está caracterizada por la separación entre razón y sentimiento, entre medios y fines, forma parte de una masificación, carácter pasivo que va por donde exige el consumo, es decir, con predominio de la razón manipuladora y la ausencia de relaciones identificatorias. Y lo que nos queda como saldo probatorio de la solidez del testimonio que hemos explorado, es esa condición de la Otra/o único e identificable, lo cual presupone un ir de ti a mí, y viceversa. Un re-conocerse, una comprobación de nuestras semejanzas y diferencias, al igual que las calles de nuestra ciudad que se abren, se separan y se reúnen más pronto o más lejos. Es ésta la propuesta que prevalece en nuestra testimoniante, y a lo que alude, sin lugar a dudas, es a la ciudad como comunidad.

El control que se quiere hacer sobre estos actos comunitarios por el poderoso ejercicio conservador

del Sistema, es obvio; sin embargo, para concluir vuelvo al testimonio: sólo con la participación de cada uno de nosotros accederemos a la equidad de género y todas las equidades que vienen detrás de esta Otra, Mujer, Ser femenino, Irrealizada todavía, en busca de su andar legítimo, autónomo. Otra que oculta al Otro, al indígena, a los homosexuales, los negros, los discapacitados, los delincuentes, los niños, los pobres, los drogadictos, las prostitutas, los travestis, en fin todos aquellos que se han visto escindidos como seres humanos por la orfandad social y política, los prejuicios raciales y sexuales y han sido estigmatizados antes que incluidos.

No he querido abundar en lo repetido hasta el cansancio respecto de las situaciones de desigualdad y la plena asunción de sus derechos que sufre nuestro género en todas las culturas más y menos sofisticadas o avanzadas. Tampoco abundar en tantos ejercicios de inequidad y violencia, amén de las propias aplicaciones de políticas que parecen equitativas y



DESDE EL SIGLO PASADO SE HAN ERGUIDO NUEVOS SUJETOS-PROTAGONISTAS SOCIALES, Y EN PRIMER LUGAR, LOS NUEVOS DISCURSOS Y ACTOS PROPUESTOS POR LAS MUJERES HAN ABIERTO ASIMISMO RENOVADOS ESPACIOS EN LA CIUDAD DONDE ESTALLA LA COTIDIANEIDAD, LA HETEROGENEIDAD Y LA CONFLICTIVIDAD DE LO CULTURAL.

que flagrantemente reniegan de ellas. Tampoco a los programas y planes de justicia social en la salud, la educación, la justicia, el trabajo, la cultura, el ocio y la recreación. No es ésta mi área.

Más bien mi reflexión pasa por no esperar “los supuestos privilegios con que nos premiarían” con base en una legislación justa, sino hacernos cargo de nuestros derechos con paciencia, con nuestros pasos yendo y viniendo, con la organización silenciosa de nuestros encuentros y nuestras tareas juntas. En una suerte de resistencia cotidiana, sin pausa, paso a paso, día a día, calle a calle, de esquina a esquina. En la plaza y en la feria, en el parque y en el zócalo, a la salida de la escuela y de regreso.

México ha retrocedido en equidad de género, este año se colocó en el lugar 99 debajo de naciones africanas y latinoamericanas. Atravesado por la violencia, la corrupción y los fraudes a todo nivel y en todas las instancias políticas y sociales. No obstante desde el siglo pasado se han erguido nuevos sujetos-protagonistas sociales, y en primer lugar, los nuevos discursos y actos propuestos por las mujeres han abierto asimismo renovados espacios en la ciudad donde estalla la cotidianidad, la heterogeneidad y la conflictividad de lo cultural. Luego han sido los ecologistas y, como siempre en todos los tiempos, los jóvenes junto a las mujeres que desde entonces no

permiten soslayes ni exclusiones.

Todo esto me lleva a concluir que el testimonio que hemos explorado dice mucho más de lo que podemos advertir:

La ciudad en la que me gustaría vivir más que tener una buena infraestructura o cosas materiales, necesitaría un urgente cambio en la mentalidad y forma de relacionarse entre las personas que la habiten. Vivimos en un mundo de materialismo y estereotipos que nos impiden ser nosotros mismos.

En mi ciudad soñada las personas dejarían atrás esa necesidad de aparentar y tendrían más empatía para con los demás. Habría más enfoques en el estudio y las artes. Además de darle un valor muy importante al cuidado de la naturaleza y la ecología.

Habría participación de la gente para con la política y no existiría la desigualdad de género y raza.

Ciudad que implica trabajo y ocio, responsabilidad ética y educación, pero donde los pasos perdidos buscan, se buscan, en espacios soñados de encuentro y solidaridad. ●